i de la nova oralitat i musicalitat periodística, la ràdio.

L'obra finalitza amb dos articles dels editors, que abasten temporalment la segona meitat del segle XX, i temàticament un seguit de matèries que explicitaré més avall. El tot, emmarcat amb una rigorosa reflexió teòrica sobre el paper de la informació i de la comunicació en els nostres dies, reflexió que vira des de l'empresa fins a l'informador, des de l'Estat fins als intel·lectuals, des de la tècnica fins als llenguatges, des de la tematització i l'agenda fins a la globalització, per acabar amb la digitalització i la intercomunicació electrònica. Les matèries tractades, tot i centrar-se en la televisió —amb una especial atenció a la imatge i a les emissores «tot notícies»—, són variades: des dels grans diaris «llatins» fins a les revistes alemanyes, des del periodisme d'investigació nord-americà fins al nou *new journalism* o el periodisme contracultural, passant per les versions informativopropagandístiques de les guerres, des del Vietnam fins al Golf. S'hi troba a faltar, però, la ràdio. La visió global dels autors sobre el complex món de la comunicació en el nostre temps és, al meu parer, potser massa optimista; en conseqüència, és molt més crítica amb els seus crítics que no pas amb la realitat i la virtualitat: «no se la ha valorado por lo que és o podría llegar a ser, sino por lo que representa o parece representar», diran de la televisió, però la seva afirmació sembla igualment vàlida per a tot el sistema informativocomunicatiu.

L'obra, doncs, ens presenta un panorama múltiple de l'evolució del periodisme occidental en aquests dos darrers segles —i els seus antecedents—, amb perspectives dissímils i creuades, en què indubtablement predomina l'empresa periodística i el periodista sobre el seu receptor, i que planteja prou preguntes i dóna prou respostes com per enriquir el lector i fer-lo reflexionar. Cosa que fins ara era impossible de trobar en una obra de síntesi, i més encara si tenim en compte la precarietat de la bibliografia a l'abast en els idiomes ibèrics.

*Francesc Espinet i Burunat*
Universitat Autònoma de Barcelona
Departament d'Història Moderna
i Contemporània

## DUCH, Lluís
## *Mito, interpretación y cultura*
## Barcelona: Herder, 1998

He aquí, por fin, vertido al castellano desde su catalán original, un libro mayor, de ésos que sólo surgen de vez en vez por nuestros pagos. Hace ya muchos años que el antropólogo y teólogo Lluís Duch empezó a encaminar sus investigaciones hacia el estudio del mito, estimulado por algunos de los profesores que conoció durante su doctorado en Alemania —Ernst Bloch y Hans Blumemberg, entre otros— e inspirado, ante todo, por sus propias preocupaciones antropológicas. Desde aquel entonces fértil pero aún titubeante hasta este hoy decididamente fecundo, Duch ha descrito con menesterosa discreción una trayectoria intelectual de coherencia y vuelo poco comunes en este país, donde las carreras fulgurantes y el chisporroteo del *publish or perish* («publica o perece») medran a sus anchas.

Durante tres décadas, apartado de la algarabía mediática y del noble pero arduo trasiego de las aulas, Duch ha querido y podido urdir morosamente una obra de perfil y ambición singulares, cuyas fuentes primeras proceden de su formación teológica en el monasterio de Montserrat y de sus estudios de doctorado en

Alemania. Andados los bastantes años y empeños, el vasto caudal acumulado irrumpió sin alharacas pero con gran contundencia en 1995 y 1996, cuando —se diría que de puntillas— llegaron a las librerías catalanas *Mite i cultura* y *Mite i interpretació,* los dos volúmenes consecutivos que conforman la versión original de la obra que ahora comentamos: *Mito, interpretación y cultura. Aproximación a la logomítica.*

Fruto, pues, de una lenta maduración intelectual —y vital, como se adivina también—, *Mito, interpretación y cultura* se propone elucidar, desde la perspectiva antropológico-filosófica por la que ha discurrido la formación intelectual de Duch, el papel crucial que el mito y lo mítico ejercen en la constitución humana. La que puede considerarse como tesis central del razonamiento del autor reza como sigue: contra lo que suele creerse, el *mythos* nunca fue arrinconado y superado por el *logos* —en un *illo tempore* legendario que el sentido común propende a alimentar—, sino que el *mythos* (imagen, fábula, símbolo, relato) forma parte de la entraña misma de la humana condición, en todo tiempo y lugar, y en todo tiempo y lugar entabla una intensa dialéctica con el *logos* (concepto, razonamiento, análisis). El ser humano es, como escribe el autor en la conclusión de su vasta obra, *coincidentia oppositorum* (p. 507):

> Una introducción a la logomítica, tal como la entendemos, debe edificarse a partir de la premisa de que *mythos* y *logos* se comportan entre sí *complementariamente,* porque instituyen *praxis pedagógicas* que también son complementarias. En nuestra exposición, para llegar a este punto hemos tenido que dar grandes rodeos, ya que, en último término, desde la perspectiva del *mythos,* debíamos plantear todas las cuestiones que tradicionalmente han sido el ámbito privilegiado del *logos,* es decir, de los planteamientos filosóficos. Sin embargo, somos del parecer que la cuestión implícita en cualquier tratamiento del *mythos* y/o del *logos* es la cuestión capital de la antropología: ¿qué (quién) es el hombre? La complementariedad por la que abogamos como óptima introducción en la logomítica consiste en primer término en el firme *polifacetismo.* Es decir, se deben desterrar, desde el *mythos* y desde el *logos,* los discursos globalizadores, porque el hombre es una unidad de contrarios *(coincidentia oppositorum):* ahí radica su grandeza.

Para poner en pie su muy erudita introducción a la logomítica —esto es, a una perspectiva antropológica que integre esa doble condición, inalienable de lo humano y de su historia—, Duch se vale de un método argumentativo y expositivo que, en el mejor sentido de la palabra, cabe denominar *germánico.* En vez de buscar la seducción rápida del lector mediante el retruécano relampagueante y los fulgores de estilo —característica de cierto ensayismo afracesado, aún en boga— o de conformarse con soslayar los muchos escollos que encuentra en su camino echando mano del argumento lapidario, el regateo de la dificultad o el cómodo reduccionismo —rasgo de la abundante producción intelectual *midcult* de la hora presente—, Duch decide transitar el vastísimo territorio propuesto a cara descubierta, sin ahorrarse los esperables atolladeros que ese camino depara sin remedio.

Para empezar, el vehículo que escoge para cubrir su periplo no es el ensayo sino el tratado, un género poco cultivado dadas las muchas dificultades que ofrece y el disciplinado esfuerzo que requiere. Y luego pone en práctica un método de indagación poco apto para afanosos constructores de currículos: un ordenado diálogo con los autores que, desde perspectivas muy diversas, han abordado el estudio del mito. Así, después de dedicar el primer y segundo capítulos de la obra a establecer unas «acotaciones previas a la problemática del mito» y a tratar del mito y de su

definición, el autor propone una «breve panorámica histórica» por la que transitan las interpretaciones del cristianismo, las culturas no europeas, la Ilustración, el Romanticismo, la arqueología y, ante todo, la antropología, disciplina que conoce íntimamente. Tal conocimiento le permite exponer de manera articulada las interpretacions que del mito han hecho las más relevantes escuelas antropológicas: la inglesa, la francesa, la alemana y la estadounidense.

A continuación, semejante trabajo de cimentación pone las bases necesarias para el abordaje, ahora ya no histórico sino teórico, de los «grandes temas en torno al mito», sección a mi juicio crucial de la magna obra que comentamos. Duch reflexiona aquí sobre la relación entre mito y narración, mito y cultura y mito e historia, cuestiones todas ellas, nótese bien, no sólo relevantes para la puesta en pie de la antropología general que el autor propone, sino para la construcción de una muy necesaria —y, hasta el momento, apenas cultivada en nuestro país— antropología de la comunicación mediática. Una disciplina ésta que, por cierto, debería tener bien presente el papel capital que la *palabra humana* ejerce en todas las formas de conocimiento, comunicación y expresión existentes y posibles. Valga el siguiente razonamiento de Duch para ilustrar este aserto (p. 172 y 173):

> Sea como sea, se puede afirmar que la variedad y las modalidades de la palabra humana constituyen, en el fondo, los síntomas más elocuentes del polifacetismo radical del ser humano, que se muestra mediante la variedad de las formas expresivas, en el ámbito del pensamiento, de la acción y de los sentimientos. Hay que advertir que no se trata (que no debería tratarse) ni de una complejidad amorfa, desestructurada, caótica, ni tampoco de una complejidad regularizada con una disciplina cuartelaria, «vertical y piramidal», sino, en el sentido más amplio de la expresión, de una *complexio oppositorum,* de una armónica y creadora disposición de los diversos elementos que constituyen la humanidad del hombre, por muy opuestos y excluyentes que puedan parecer a primera vista. En este sentido, la coordinación humanizadora entre la narratividad del *mythos* y la «logicidad» del *logos* debería constituir el modelo por excelencia de la armonia interna de la humanidad del hombre; armonía que siempre se consigue cuando sus distintas capacidades expresivas, lógicas y míticas se coordinan en un todo armónico y, al mismo tiempo, inestable, porque, como una especie de creación continua, hay que corregirlo ininterrumpidamente por medio de una *experiencia,* de una praxis *intercomunicativa* siempre iniciada de nuevo.

Completada así la primera sección de la obra, *Mito y cultura,* Duch prosigue en la segunda y última, *Mito e interpretación,* su cuidadoso, pormenorizado diálogo con los diferentes modelos, autores y escuelas de interpretación del mito. El autor empieza su exposición aludiendo a los modelos interpretativos clásicos, que incluyen los de signo racionalista, los que proponen una explicación alegórica del mito (de Filón de Alejandría al Romanticismo alemán), las interpretaciones evemeristas y, en fin, los que conciben el mito como «enfermedad del lenguaje».

La segunda parada de su excursión la dedica a cuatro perspectivas interpretativas que han ejercido honda influencia en el pensamiento del siglo XX: la «ritualístico-sociológica», representada, entre otros, por James Frazer, Edward B. Tylor, Emile Durkheim y Marcel Mauss; la funcionalista, representada ante todo por Bronislaw Malinowski; la psicológica, que encuentra en Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud, Carl Gustav Jung y Eugen Drewermann a sus principales cultores; y la estructuralista, capitaneada por Claude Lévi-Strauss.

En la tercera y cuarta estaciones de su recorrido a través de las interpretaciones

del mito, Duch glosa las interpretaciones *filológicas* de Karl Philip Moritz, Johann Gottfried Herder y Friedrich Schlegel y, en seguida, las que él denomina «explicaciones trascendentales», de signo abiertamente filosófico, entre ellas las de Georg W. Hegel, Georg F. Creuzer, Friedrich von Schelling, Ernst Cassirer, Mircea Eliade, Hans Blumemberg y Kurt Hübner, por citar las principales.

Aunque se trata, como es notorio, de una muy erudita exposición de ideas acerca del mito y de su presencia en la historia, de la que cualquier lector —lego o experto en la materia— sacará sin duda gran y duradero provecho, me parece necesario destacar que Lluís Duch establece su coloquio a muchas bandas no apañando un mero escaparate de ideas ajenas, carente de actitud y vertebración interpretativa propias, sino, muy al contrario, tomando éstas como eje de su exposición.

El lector es llevado a conocer la tradición interpretativa acerca del mito por experta y delicada mano. Duch urde su tapiz expositivo tejiendo los muy distintos hilos que convoca, acierta a traerlos a colación con criterio y sentido de la oportunidad y logra que tal polifonía no resulte enumerativa ni abrumadora. Pero hace todo eso apoyado en una urdimbre interpretativa de su cosecha, en la que tales cabos sueltos se engarzan y encuentran precisa articulación. *Mito, interpretación y cultura* no es, en fin, simple manual trenzado con mimbres ajenos, sino un tratado sumamente articulado, concebido por un autor informado y singular, que al cabo de muchos trabajos y días ha logrado destilar un pensamiento propio acerca de un asunto crucial y enmarañado en extremo.

Si el viaje que el autor propone al lector comienza con un ineludible pórtico introductorio a la complejidad del tema propuesto, si después se adentra en el proceloso mar que sumariamente he intentado glosar, podemos decir que el periplo descrito desemboca felizmente en el último capítulo, «El alcance de la logomítica», que es, a la vez, una recapitulación de lo ya dicho y una puerta abierta a meditaciones futuras, propias o ajenas. En efecto, Duch plantea en este apartado final una ponderada reflexión acerca de «la centralidad de la palabra en la existencia humana»; reflexión que, desde una sensibilidad marcadamente antropológica, entronca con el papel crucial que la filosofía contemporánea atribuye al lenguaje y, en fin, con el llamado «giro lingüístico». Como escribe el autor (p. 456):

> El largo recorrido que hemos realizado en la primera y en la segunda parte de este estudio nos ha permitido captar, a través de las numerosas interpretaciones que se han hecho del mito en la historia de la cultura occidental, la centralidad de la *palabra* en la existencia humana. Una palabra, sin embargo, que es realmente aquello que ha de ser si irrumpe *diferenciadamente* y *complementariamente* en la vida de los individuos y de los grupos humanos; si se comporta, al mismo tiempo, como *mythos* y como *logos*. Eso significa que las cuestiones fundamentales, fundacionales que nunca deja de plantearse el hombre serán bien planteadas o, al contrario, propiciarán el hundimiento de su humanidad a través del «buen uso» o del «mal uso de la palabra». Brevemente: no existe vida humana al margen de la realidad polifónica del *homo loquens*.

En esta postrera reflexión acerca del alcance de la logomítica desde lo que José María Valverde llamó «toma de consciencia lingüística», Lluís Duch, coronada ya su intrincada edificación, se permite abordar la parte más tentativa, más *ensayística* de su obra. La reflexión acerca de las relaciones que la palabra guarda con el pensamiento, la alienación, la traducción, las mediaciones y la racionalidad culmina con una arriesgada pero suge-

rente tesis: la de que en las últimas décadas del siglo XX ha ido afirmándose una creciente *crisis expresiva o crisis gramatical,* una paulatina dificultad de los individuos para *empalabrar* la realidad, esto es, para dar articulación significativa, *sentido* a su experiencia. En apoyo de esta idea turbadora —que a buen seguro algunos no compartirán, pero que todos, sin excepción, deberíamos incorporar a nuestras meditaciones—, Duch cita abundantemente a George Steiner, el influyente autor de *Lenguaje y silencio, Extraterritorial, Antígonas o Presencias reales.* Las preguntas que Duch lanza al aire son, cuando menos, muy inquietantes para aquéllos que nos dedicamos al estudio de la comunicación (p. 461):

> En esta situación crepuscular, la pregunta fundamental y, además, ineludible es: ¿qué clase de comunicación será posible en la época del epílogo, del tiempo posterior a la palabra? Dicho de otro modo: en la época de la información de alcance gigantesco, ¿cómo se deberán emplear las expresividades humanas para poder evitar las trampas de la *incomunicación,* es decir, de las palabras sin contenido ideológico, emocional y experiencial? Porque el peligro que ahora mismo asedia al lenguaje humano se puede resumir con una expresión: *ausencia real.* En lugar de ser el vehículo de la *presencia,* las expresividades humanas, con frecuencia, se han transformado en señales de *vacío;* el vacío en forma de opresión, de vulgaridad, de desmantelamiento de las creencias, de perversión de las palabras más sublimes. Volver a encontrar el «lugar propio de la palabra» debería ser la labor prioritaria de la logomítica como genuina praxis antropológica.

Me parece necesario señalar que la reflexión de Duch en torno al mito y a las íntimas relaciones que éste establece, en todo tiempo y lugar, con la razón y la ciencia, aparece en una época harto necesitada de este género de meditaciones. El desconcierto característico de la llamada *postmodernidad,* puesto de manifiesto en el eclipse del pensamiento crítico y en la apoteosis de la racionalidad tecnológica, suscita una nutrida retahíla de inquietantes preguntas que sólo es posible empezar a contestar recurriendo decididamente a estudios como el que reseñamos. Singularmente afectado por esa insidiosa pandemia, el ancho campo de la comunicación mediática precisa urgentemente este tipo de abordajes.

Aunque Lluís Duch ha dado a la imprenta en los últimos años obras tan valiosas como *Religión y mundo moderno* (1995), *Antropologia de la religió* (1997), *La educación y la crisis de la modernidad* (1997) y *Simbolisme i salut* (1999) —primera entrega de una vasta *Antropologia de la vida quotidiana* en ciernes—, *Mito, interpretación y cultura* es, tal vez, su obra más importante, y, a no dudarlo, una de las más relevantes que ha dado el pensamiento español durante los últimos años. Insólita por su ambición y por sus logros, pero también por su laboriosa, paciente construcción. Y, ante todo, valiosa por las muchas puertas que abre a la reflexión sobre éste y otros campos conexos —como el comunicativo, sin ir más lejos. Si los estudiosos de la comunicación mediática, a menudo enzarzados en el minucioso recuento de árboles, le dispensamos la atención que merece, tal vez acertemos a barruntar la entera presencia del bosque.

*Albert Chillón*
Universitat Autònoma de Barcelona
Departament de Periodisme
i de Ciències de la Comunicació